

LOS INICIOS DE LA DINASTÍA AQUEMÉNIDA Y LA FORMACIÓN DEL IMPERIO PERSA

Israel Campos Méndez

Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, España. Correo: <icampos@dch.ulpgc.es>

La visión que se suele reproducir constantemente sobre los inicios del imperio persa bajo la dinastía aqueménida está condicionada por la simplicidad con la que fue transmitida por las fuentes escritas. Heródoto vincula el triunfo de Ciro sobre los medos como el desencadenante del inicio del imperio, sin embargo, se plantean varios interrogantes sobre cómo se produjo la evolución que permitió a los persas protagonizar un proyecto como fue este imperio. Con el presente estudio pretendemos revisar y desmitificar algunas de esas ideas que se han afirmado en relación con los orígenes del estado persa, poniéndolo en relación no sólo con los medos, sino con el conjunto de pueblos presentes en la región de Asia Central en la primera mitad del 1.º milenio a.C.

1. PERIODIZACIÓN: LOS ARIOS DEL IRÁN

Tradicionalmente se ha recurrido a la simplificación historiográfica que reducía los pueblos arios del Irán a medos y persas, estableciendo una vinculación directa entre ambos. En gran medida, esta visión es heredera de una doble problemática que existe a la hora de abordar cualquier estudio sobre la historia de los persas: por un lado, la ausencia de relatos por parte de ellos mismos donde detallaran su propia historia;¹ por otro, el peso que ha tenido la visión griega de los persas, centrada principalmente en las *Historias* de Heródoto. Sin embargo, la reconstrucción de la historia de los antiguos iraníes es una tarea compleja en tanto que existe todavía lagunas o cuestiones abiertas importantes, y porque no se limita a la simple identificación de uno u otro grupo, sino al esclarecimiento de la interrelación que se producía entre poblaciones en movimiento durante varios siglos por toda la región del Asia Central. Partiendo de esta premisa,

trataremos de hacer una breve aproximación al tema, para buscar respuestas a dos preguntas que son claves para poder comprender el propio proceso que llevó a la formación un estado como el persa: ¿de qué manera y cuándo pudieron llegar los arios a esta zona? Y ¿cuál es su evolución socio-política hasta el momento de constituir el Imperio Persa?

Tal y como se aprecia para el caso de los indo-arios en la zona del Indo,² también se ha recurrido al modelo teórico de la migración como medio para explicar la llegada de los arios a la región del Asia Central. La «teoría de la migración» es consecuencia de la evolución en las posturas explicativas de los iraníes, una vez que ha quedado abandonada la idea «invasionista», utilizada de forma recurrente en los estudios del siglo XIX y buena parte del XX.³ Uno de los aspectos que han protagonizado la discusión historiográfica es el relacionado con las fechas en las que pudo producirse la penetración de estos pueblos iraníes en la región cercana a los montes Zagros. El marco cronológico es amplio, de un lado encontra-

¹ Esto no significa que no existan fuentes directas persas que proporcionen información sobre los orígenes del pueblo iraní; sin embargo, en muchos casos se trata de listas reales (como el Cilindro de Ciro o la inscripción de Darío en Behistún) que proporcionan nombres de gobernantes, pero que no ofrecen información complementaria.

² Cf. PARPOLA, A. (1988), SOUTHWORTH, F. (1979).

³ Todavía podemos encontrar referencias a ese modelo invasionista en la mención que hace OLMSTEAD (1948), pp. 20-22, a las conquistas persas que han dejado su huella en la mitología aria recopilada en algunos pasajes de los Yashts del Avesta.

mos a un grupo importante de iranistas que optan por una datación en torno a los siglos IX-VIII a.C.,⁴ en relación directa con las primeras menciones que se tiene de tribus arias recogidas por las fuentes asirias: un informe militar de las campañas del rey *Salmanasar III* (858-824 a.C.) en la región del Este, es la primera referencia escrita que se tiene de persas y medos. Esta fecha se encuentra sometida a revisión en los últimos años, ya que la información proporcionada por la arqueología ha llevado a adelantar la presencia de los iraníes a finales del II milenio a.C. (siglos XII-X a.C.).⁵

No obstante, frente a todos estos intentos de establecer el momento inicial de la presencia aria en el Irán, encontramos la investigación de J. Derakhshani quien defiende la presencia de arios en la zona del Zagros desde tiempos prehistóricos y que han dejado su huella en todas las culturas asentadas en la región del Próximo Oriente.⁶ Este autor sostiene que las transformaciones lingüísticas que produjeron la diferenciación entre iraníes e indios tuvieron una datación bastante anterior a la que tradicionalmente se le ha dado. Igualmente, identifica restos indoeuropeos en nombres de personas, divinidades y regiones de las culturas mesopotámicas, lo que le lleva a sostener la presencia de una población aria en la región anterior a la propia población sumeria, remontándose a unas fechas en torno al V milenio a.C.; particularmente nos convencen los argumentos extremadamente lingüísticos y de ligero comparativismo de este autor.

Resulta difícil ignorar la información arqueológica disponible actualmente y que indica la presencia de poblaciones de tradición aria, vinculadas a elementos materiales como un tipo particular de cerámica gris denominada «tetera», y promotores de la implantación del hierro en la región del Irán.⁷ La vincula-

ción de estos cambios con la migración de población irania queda planteada, y este fenómeno ha sido fechado en un momento englobado entre el siglo XII al X a.C. (denominado Hierro III en la periodización de la región.) De esta manera, parece que el hiato cultural de los pueblos arios en la región del Asia Central queda explicado en algunos aspectos, al encontrar vínculos de conexión con los restos indoiranios antiguos presentes en la zona desde época anterior, tal es el caso de los elementos arios ya comentados en el reino de Mitanni.

Junto con el intento de determinar en qué momento concreto debió producirse este fenómeno migratorio iranio, también se encuentra la dificultad para trazar la ruta que debieron seguir dichas poblaciones en su travesía hacia la región irania. De manera esquemática podemos resumir las diferentes hipótesis desarrolladas en torno a dos grandes regiones. Por un lado, la caucásica que sitúa la ruta de penetración de los arios a través del Cáucaso, y que les lleva a establecer su primer asentamiento en torno a la región del lago Urmia, tal y como indican algunas fuentes asirias mencionadas antes y que hacen referencia a unos *Parsua* en dicha zona.⁸ Enfrentada a esta explicación se encuentra la teoría que plantea que la migración debió seguir de manera principal la zona del mar Caspio y el mar de Aral, a partir de la cual se habría producido la separación posterior entre iraníes e indios. Los restos materiales encontrados en esta región, pertenecientes a este periodo de finales del II milenio a.C., presentan vinculaciones con elementos caracte-

de T. C. YOUNG uno de sus máximos exponentes. Sin embargo, esta teoría también tiene sus puntos endebles como los señala DANDAMAEV (*op. cit.*, p. 77), especialmente por la dificultad que todavía existe para poder confirmar la vinculación directa entre cambio en los restos materiales y la presencia de un nuevo grupo étnico. W. SUMNER todavía deja entrever sus reticencias a aceptar el cambio de tipología cerámica bien a la población local de la región o vincularlas a la introducción de los iraníes. Cf. W. SUMNER (1994).

⁸ La teoría de la procedencia del Cáucaso venía a revisar la anterior opinión que situaba a los iraníes en una región indeterminada del Asia Central. A fines del siglo XIX, se comienza a plantear que el Cáucaso debió ser el lugar de transición hacia la región irania, y desde mitad del siglo XX, el material arqueológico llevó a autores como GHIRSMAN y ABAEV a sostener con firmeza que la migración de medos y persas había debido seguir la ruta del Cáucaso (DANDAMAEV, *op. cit.*, pp. 63-66).

⁴ Optan por esta datación E. MEYER (1909); G.G. CAMERON (1936) y R. GHIRSMAN (1977).

⁵ En esta línea va la revisión del iranista ruso GRANTOVSKY (1970), seguido de forma más cauta por M. DANDAMAEV (1990). Con anterioridad, ya había sido planteado por T.C. YOUNG (1967) y más reciente (*idem*, 1999).

⁶ Un adelanto de su obra *The Aryans in the Near Eastern Sources*, aún en prensa, es el artículo «Some Earliest Traces of the Aryan Evidence from the 4th and 3rd Millenium B.C.» (DERAKHSHANI, 2001).

⁷ Este proceso ha sido denominado por la historiografía como «Revolución arqueológica» y encuentra en la figura

rísticos de los grupos arios como el protagonismo concedido al caballo, grandes manadas de ganado, etc.⁹

Hasta este momento, hemos señalado las dificultades que existen a la hora de tratar de identificar cuál fue el proceso que debieron seguir las poblaciones arias en su migración hacia la región del actual Irán, procedentes de las regiones del sur de Rusia. Uno de los factores que obstaculizan el progreso en la investigación es la ausencia de fuentes escritas que permitan precisar, en mayor medida, lo que la arqueología va proporcionando. La entrada de los persas y los medos en la historia escrita se produce, como hemos visto, de la mano de los asirios, que hacen mención desde el siglo IX a.C. de la presencia de estas tribus en las regiones fronterizas de su imperio. En los distintos momentos en que aparecen consignados se utilizan diferentes términos (*Parsuah*, *Parsua*, *Parsumash*)¹⁰ que tradicionalmente han sido identificados como referencias a los persas.¹¹ Sin embargo, actualmente son cuestionados todos los planteamientos que sostenían dicha identificación, al menos en su sentido más lineal. Se ha visto que cada uno de estos términos está vinculado con espacios geográficos diferentes unos de otros (por un lado con la región del Lago Urmia y, por otro, con la región central de los Zagros). Estos nombres han sido identificados de forma variada, relacionándolos incluso, no con topónimos, sino con menciones a personas o grupos dis-

persos no vinculados a una región determinada.¹² Consideramos como elementos definitorios en este momento inicial de penetración y asentamiento en esta zona, el que las tribus iránias no constituyeran, ni una unidad poblacional claramente definida, ni estuvieran vinculadas de forma estable a un espacio geográfico concreto.

2. EL REINO MEDO

Para obtener una visión completa del proceso seguido por las tribus de adscripción aria presentes en Irán en este período, debemos atender a los acontecimientos que conocemos para los medos de forma separada de los persas. La imagen que ofrecen las fuentes escritas en torno a las tribus medas, da a entender que este pueblo experimenta un proceso de unificación territorial y político en torno al siglo VII a.C., con la figura de Deioces como rey aglutinador. Hasta ese momento, las fuentes asirias daban constancia de numerosos reyes o jefes medos, dispersos en un territorio, «Media», cuyos límites resultan difíciles de determinar, en torno a la frontera Este del imperio asirio. La formación de lo que parece haber sido una confederación que englobara a las tribus medas¹³ como respuesta a las presiones asirias en la zona, y cuyo resultado fue la formación de un estado relativamente organizado, con una capital política y administrativa que fue *Ecbatana*, en la región del Zagros, y que en poco tiempo logró constituirse en uno de los reinos¹⁴ con peso específico en la región del Próximo Oriente.

⁹ Entre los autores que han defendido con mayor esfuerzo la hipótesis de la ruta caspiana, destacamos a T. C. YOUNG, (*op. cit.*, cf. nota 8).

¹⁰ En la inscripción del rey asirio *Salmanasar III* escrita hacia el año 843 se menciona la región de *Parsua*. En el año 834, los asirios recibieron un impuesto de 27 «reyes» de esta región. *Parsua* se menciona igualmente en los textos de Urartu de los siglos IX y VIII fajo la forma de *Parshua*. También fueron objeto de la campaña militar de *Shanshi-Adad V* (823-811), *Adad-Narari III* (810-783) y *Tighlat-Plieser III* (744-727). En el año 714, son mencionados como súbditos del rey asirio Sargón II en una región denominada *Parsumash* (*Parsa*, en las antiguas fuentes persas).

¹¹ La aceptación sistemática de que los «parsua» mencionados por los textos asirios de los siglos IX y VIII a.C. eran los persas, ha sido una constante en los estudios sobre la historia del Irán antes de la formación del Imperio Persa (OLMSTEAD, *op. cit.*, pp. 20-22; ALTHEIM, *op. cit.*, pp. 182ss). De igual forma que se realizaba una identificación de los ecoques medos y persas nombrados por Heródoto (I, 93-130) con los jefes que también se mencionan en las fuentes asirias.

¹² Unas interesantes síntesis del debate historiográfico en torno a estos términos son las ofrecidas por DANDAMAEV (*op. cit.*, p. 67) y BRIANT (1997). La última aportación a este debate viene de la mano de una comunicación presentada por M. IMANPOUR (2003), quien rechaza no sólo que se pueda seguir hablando de dos o tres grupos de persas que vivían en diferentes partes del Zagros, sino que también se hable de la localización de *Parsua* al sur del Lago Urmia, aunque parece seguir en este aspecto la postura defendida por L.D. LEVINE (1974).

¹³ HERÓDOTO (I, 101) menciona el nombre de seis de estas tribus, aunque podemos suponer que su número pudo ser mayor: los busos, los paretacenes, los strukhates, los arizantes, los budienos y los magos.

¹⁴ Una postura revisionista sobre el protagonismo concedido al estado medo y su consideración en relación con los

Dentro del proceso de reconstrucción de los datos que disponemos para el reino medo, existen ciertas controversias que encuentran difícil resolución. En primer lugar, el pasaje herodoteo donde menciona a los reyes medos (*Hist.* I, 96-107) ofrece un relato lineal en torno a los reyes Deioces, fundador de la monarquía meda, Fraortes, Ciaxares y finalmente Astiages, quien pierde el reino ante su nieto persa Ciro II. Pero al contrastar esta información con la que proporcionan las crónicas asirias y babilonias, encontramos que sólo existen datos fiables para las figuras de los dos últimos reyes medos. Astiages ha sido identificado como el *Istuwigu* de la Crónica Babilonia (7,II, 1-2) que relata la conquista de Media por Ciro II. Mientras que Ciaxares pudo ser el rey *Umakistar* de otra crónica babilonia anterior que comenta la conquista de Nínive.¹⁵ Estas identificaciones parecen confirmar además los datos cronológicos en los que debe ser inscrito el relato de Heródoto (último cuarto del siglo VII y primera mitad del VI a.C.); sin embargo la identificación que ofrece Olmstead¹⁶ de Ciaxares con *Uaksatar* que pagó tributo a Sargón II en el año 714 y luego a Senaquerib en 702, contradiría los tiempos de sucesión y gobierno que ofrece el autor griego para cada uno de los reyes medos. Consideramos que tal vez Olmstead pudo pecar en exceso al querer establecer una identificación precipitada, especialmente si tenemos en cuenta que la confirmación de su antecesor Deioces tampoco estaba totalmente precisada. Los intentos por contrastar las identidades históricas de los dos primeros reyes todavía no han permitido obtener conclusiones sólidas;¹⁷ sin embargo, este hecho no dificulta aceptar la realidad de un reino medo unificado en torno al siglo VII a.C., con

reinos de su región, la encontramos en SANCISI-WEERDENBURG (1988); LANFRANCHI Y ROLLINGER (eds.), 2003; ROLLINGER (en prensa).

¹⁵ YOUNG, *op. cit.*, pp. 17-18.

¹⁶ OLMSTEAD, *op. cit.*, p. 23.

¹⁷ La identificación de Deioces con el reyezuelo *Daiiukku* nombrado en las fuentes asirias como capturado y deportado a Siria en el año 715, fue aceptada por un buen número de iranistas durante el siglo XX (OLMSTEAD, *op. cit.*, p. 23; ALTHEIM, *op. cit.*, p. 158; HUART, *op. cit.*, p. 160; HINZ (1971). Sin embargo, según HERÓDOTO, Deioces debió haber reinado en torno al año 700, quince años después de la fecha ofrecida para *Daiiukku*. Igualmente, este personaje es presentado como gobernador de Mannea, situada bastante al oeste y sin relación con Media (DANDAMAEV, *op. cit.*, p. 112) o

una organización político-militar sólida y con un protagonismo considerable en la región.

3. ORÍGENES DEL REINO PERSA

En torno a la reconstrucción del proceso de formación del reino persa y la aparición de la dinastía aqueménida, también concurren ciertas lagunas importantes, debido especialmente a la dificultad que existe para obtener una información completa de las fuentes disponibles. La imagen que los autores griegos han transmitido de los persas¹⁸ como una continuidad directa del imperio medo (Estrabón, Heródoto, Jenofonte, etc.) se encuentra hoy en día en revisión, principalmente porque se ha profundizado,

incluso se plantea la posibilidad de que el nombre *Daiiukku* no tenga un origen iranio, sino exclusivamente hurrita (YOUNG, *op. cit.*, p. 19). Frente a estas objeciones, DIAKONOFF sostiene como cierta la identificación entre los dos personajes, aunque considera que HERÓDOTO se ha valido de este nombre para simplificar el largo y complicado proceso de unificación meda en torno a un único relato sobre Deioces (DIAKONOFF, 1971). Más sugerente aún es la interpretación que hace LECOQ (1997, p. 165) del nombre de este rey, cuya forma en medo reconstruye como **dahyuka*, derivado de la palabra *dahyu* (pueblo), con lo que su significado sería «juntador-jefe de los pueblos». También existen algunas dificultades a la hora de establecer una identificación aceptable de la figura de Fraortes. Hay constancia en fuentes académicas y en la posterior inscripción del rey persa Darío I en Behistún de la existencia de un rey *Khshathrita*, que protagonizó el levantamiento medo contra los asirios en el primer cuarto del siglo VII a.C. DANDAMAEV (*op. cit.*, p. 117) explica esta contradicción señalando que HERÓDOTO debió confundir en su relato el nombre del verdadero rey por el de Fraortes, que fue un rey usurpador que se levantó en Media haciéndose pasar por *Khshathrita*; sin embargo, T.C. Young (*op. cit.*, p. 18) no acepta la identificación de *Khshathrita* como válida para un rey medo, ya que señala el origen kassita de la palabra, y porque considera que entre los pueblos que se coaligaron para derribar a los asirios en la región no quedaba clara la primacía meda bajo el gobierno de un rey con dicho nombre. Él opta por una posible identificación para el Fraortes de Heródoto que se encontraría en un gobernante local de la región del Zagros mencionado como *Kastaritu*.

¹⁸ En la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, se realizó en 1998 un proyecto de investigación bajo la dirección del Dr. G. HENRÍQUEZ y la colaboración de la Dra. R. SIERRA encaminado a recopilar las fuentes griegas relacionadas con este aspecto que señalamos. El título del proyecto fue «La imagen de Persia a través de los historiadores griegos».

como luego veremos, en el conocimiento de los influjos que otros grupos culturales ejercieron sobre los persas en su proceso formativo como estado. En la inscripción que mandó hacer Darío I en Behistún dejó constancia de la genealogía de la dinastía aqueménida, remontando su filiación hasta la figura de Aquemenes, fundador del linaje y sus sucesores Teispes, Ariaramnes y Arsames.

«Yo soy Darío el Gran Rey, Rey de reyes, Rey de Persia, Rey de países, hijo de Hystaspes, nieto de Arsames, un aqueménida. Dijo Darío el rey: mi padre fue Hystaspes; el padre de Hystaspes fue Arsames; el padre de Arsames fue Ariaramnes; el padre de Ariaramnes fue Teispes; el padre de Teispes fue Aquemenes. Dijo Darío el rey: por esta razón nos llaman Aqueménidas. Desde largo tiempo hemos sido nobles. Desde largo tiempo nuestra familia ha sido regente. Dijo Darío el rey: VIII de nuestra familia han sido reyes antes; yo soy el noveno; nueve en sucesión han sido reyes.» (DBI §§1-4)¹⁹

La vinculación de estos primeros reyes persas con la ciudad de *Anšan* queda reflejada en las fuentes asirias y en el propio cilindro de Ciro (CB), donde se menciona a Teispes como «rey de *Anšan*»:

«Yo soy Ciro, rey del mundo, el gran rey, el poderoso (legítimo) rey, rey de Babilonia, rey de Sumer y Akkad, rey de las cuatro regiones del mundo, hijo de Cambises, el gran rey, rey de la ciudad de Anshan, nieto de Ciro, el gran rey, rey de la ciudad de Anshan, biznieto de Teispes, el gran rey, rey de la ciudad de Anshan...»²⁰

¹⁹ Existe un amplio número de estudios dedicados a esta inscripción y sus consecuencias. Nos limitamos en este lugar a remitir a GREEFIELD (ed., 1982) y LECOQ (1997).

²⁰ La versión babilonia ha sido tomada de la transcripción de ROGERS (1912). La traducción al español la hemos realizado a partir tanto de la propia traducción inglesa de R. W. ROGERS como la realizada por OPPENHEIM (1969). También se menciona en la Crónica de Nabónides, *ANET*, p. 305.

Quedan pocas dudas en torno a la localización definitiva de la ciudad elamita de *Anšan*,²¹ aunque este nombre se vincula también, al menos, con una parte de la región conocida como Fars, y que no pasó a denominarse Parsa o Persia hasta que allí se asentaron definitivamente los gobernantes persas. La adquisición de este título por parte de los reyes persas ha llevado al establecimiento de diversas interpretaciones. La vinculación de los persas con esta región les pone en relación con el control ejercido por los elamitas, que han estado presentes en *Anšan* desde el II milenio a.C.²² En torno al s. VIII a.C. parece que el dominio de los reyes neo-elamitas sobre las regiones que conforman su reino se debilita. Esta situación coincide con un cambio en la periodización que los investigadores suelen establecer para el reino Neo-elamita (NE I-II a NE II-III),²³ vinculado también a la presión directa que ejercen los reyes asirios en la región; lo que se traduce en la relativa independencia que obtienen las zonas altas de *Anšan*. Este hecho fue tomado por D. Stronach²⁴ para desarrollar su teoría de que los persas penetraron en la región de *Anšan* en el momento en que los elamitas la abandonan en torno al 700 a.C., constituyendo así su propio reino en torno a la familia aqueménida. Aunque el título de «Rey de *Anšan*» se ha remontado por las fuentes posteriores (tal es el caso del *Cilindro de Ciro* ya señalado) a Teispes, sin embargo el único dato que permite situar en torno a unas fechas fiables el control efectivo de los persas sobre esta región, se relaciona con la mención que se hace en una inscripción asiria del rey *Assurbanipal* (669-c.630) de un tal *Kuraš*, rey de *Parsumaš*, que en el año 646 envía a Nínive como rehén a su propio hijo. Este *Kuraš* ha sido interpretado tradicionalmente como el propio Ciro I, quien ya

²¹ Anshan o *Anšan* ha sido identificado actualmente con la ciudad moderna de Tall-i Malyan en la llanura de Marv Dasht, en la región al sur de los montes Zagros (YOUNG, *op. cit.*, p. 25; CARTER, 1994; BRIANT, *op. cit.*, p. 17; GONZÁLEZ SALAZAR, 1996, p. 93).

²² Los reyes elamitas llevaron el título de «Reyes de *Anšan* y Susa», tal como señalan algunas tablillas elamitas. La administración elamita en el País Alto (*Anšan*) se concretó en la construcción de palacios y templos (WATERS, 2000).

²³ POTTS (1999); CARTER Y STOLPER (1984); WATERS (*op. cit.*, pp. 117-118).

²⁴ STRONACH, (1974). Mismo planteamiento es el que asume ALTHEIM (*op. cit.*, p. 182) y DANDAMAEV (*op. cit.*, p. 68).

estaría portando el título de rey de Persia (*Parsu-maš*),²⁵ y se relaciona con la información de la inscripción²⁶ en un sello que menciona a «*Kuraš* de *Anšan*, hijo de Teispes». Briant²⁷ es contrario a aceptar estas identificaciones, puesto que entrarían en contradicción con la cronología establecida para los primeros reyes persas a partir de las fechas ciertas para el reino de Ciro II (559-530), y obligaría a rebajar la datación de todos estos reyes vinculándolos directamente con fines del siglo VII y principios del VI a.C., lo que provoca un vacío importante en relación con la instalación de los persas en la región de *Anšan*, que él sitúa a inicios del I milenio. Mucho menos esclarecedora es la opinión de Young²⁸ quien plantea que el *Kuraš* de la inscripción asiria puede estar haciendo referencia a otro grupo diferente de persas vinculados tradicionalmente con la población meda, y lleva su planteamiento hasta el extremo de concluir que en torno a los primeros aqueménidas sólo se pueden aceptar como evidencias ciertas aquellas ya mencionadas en relación con el *Cilindro de Ciro* (CB) y la inscripción de Darío I (DBI).

Somos partidarios de realizar una interpretación de los acontecimientos históricos que trate de superar el protagonismo concedido a las personificaciones a las que nos han dirigido el seguimiento de las fuentes clásicas. De este modo, podemos señalar que a lo largo del siglo VII a.C., a medida que se produce un debilitamiento del control efectivo de los reyes neo-elamitas en las regiones del alto Zagros, la población persa instalada allí desde mucho tiempo antes, comienza a manifestar un estado de organización importante. A partir de este proceso, se crea la posibilidad de que un grupo se apropie del título real de “Rey de *Anšan*” y consolide una dinastía que sentará las bases de lo que posteriormente será el reino persa. El

proceso de expansión que pone en marcha el rey Ciro II a mediados del siglo VI a.C. les llevará a absorber todos los grandes imperios regionales, convirtiendo a los persas en la nueva potencia regional y a la dinastía aqueménida en el vehículo cohesionador de la amplia disparidad que define a este nuevo imperio.

Como hemos podido comprobar, no sólo es difícil tratar de aclarar la historicidad de estos primeros reyes aqueménidas, sino que igual de limitados se encuentran los medios para tratar de reconstruir la organización de los persas en este período. Un texto que proporciona un poco de luz, es el que ofrece Heródoto (I, 125) en relación con el acceso al reinado de Ciro II:

«*Las tribus (genea) persas son numerosas, por eso Ciro reunió e indujo a sublevarse contra los medos sólo a aquellas de las que dependen todos los demás persas, es decir, los pasargadas, los marafios y los maspios; de estas tres tribus, los más afamados (aristoi) son los pasargadas, una de cuyas castas (phretre) la constituyen precisamente los aqueménidas, de las que proceden los reyes perseidas. Otras tribus persas son las siguientes: los pantialeos, los derusieos y los germanios, que son todos labradores; en cambio, los demás —los daos, mardos, drópicos y sagartios— son nómadas.»*

Este texto da a entender que la base social y la organización política de los persas era eminentemente tribal. Aunque los términos que utiliza Heródoto son griegos y se limitan, por tanto, al entorno organizativo heleno, podemos acudir a la terminología irania para traducir la propia realidad persa.²⁹ El nivel más bajo

²⁵ En este sentido, OLMSTEAD ofrece el relato de los acontecimientos de esta campaña asiria en la región elamita como parte de un castigo contra la rebelión del hermano de *Asurbanipal*, el rey *Shamash-shum-ukin* de Babilonia. Como aliados de éste, aparecen tanto los elamitas como los persas, representados en la figura de su rey Ciro I. Este autor acepta sin reservas la identificación del *Kuros* asirio con el rey persa (OLMSTEAD, *op. cit.*, pp. 29-31).

²⁶ HALLOCK, F. (1969), p. 93.

²⁷ BRIANT, P. (2002), pp. 17-18. Para esta cuestión, BRIANT sigue las tesis de MIROSCHEJJI (1985).

²⁸ YOUNG (*op. cit.*, pp. 26-27).

²⁹ La ausencia de fuentes que informen suficientemente sobre las costumbres de los iranos obliga a extraer conclusiones de informaciones más recientes. En este caso, el Avesta, el libro sagrado de la religión zoroastriana se convierte, a menudo, en testimonio de prácticas y costumbres que parecen remontarse a una época anterior a su propia composición. Esto ha permitido a los investigadores el tomar información de estos textos religiosos para describir algunas realidades históricas de los antiguos iranos. Un estudio en este sentido lo podemos encontrar en el artículo de I. GERSHEVITCH (1985) y en LINCOLN (1981, pp. 158ss). De igual forma, tendremos ocasión de comprobar de qué manera el propio dios Mithra se relacionaba con cada uno de los grupos sociales. Sin embargo, también las propias ins-

residiría sobre la familia de carácter patrilineal (P. A. *dmana*); un grupo de familias constituía un clan (P. A. *vis*); los clanes a su vez se agrupan en tribus (I. A. *zantu*), cada una de las cuales parece que eran lideradas por un jefe tribal (**zantupati*); y cuya confederación constituiría el pueblo iranio (P. A. *dahyu*). El hecho de que Heródoto señale en primer lugar el nombre de tres tribus (*pasargades*, *marfios* y *maspios*) hace pensar en la posibilidad de que estas tres tribus fueran las que estaban presentes en el reino de *Anšan*, a diferencia de las restantes tribus iránicas que a partir de sus características de nómadas o agrícolas, se encontrarían diseminadas por otras regiones. Los elementos señalados por Heródoto dan a entender un modelo organizativo, en el que el peso desempeñado por la «asamblea de los persas», representados por sus jefes tribales, en la toma de decisiones generales ocupaba un papel destacado.³⁰

Resulta difícil en estos momentos conocer cuál fue el proceso que llevó al clan de los aqueménidas a obtener un protagonismo particular dentro de su pro-

cripciones de los monarcas aqueménidas posteriores dan a entender los vínculos sociales entre los persas. En las inscripciones del rey Darío (DNa § 2, etc.) podemos encontrar cómo el rey se preocupa por señalar sus grados de vinculación: «hijo de Vistaspa, el Aqueménida, Persa, hijos de Persas, Ario de ascendencia aria» (LECOQ, *op. cit.*, pp. 170-171).

³⁰ La continuidad de esta asamblea se ha podido constatar, al menos, hasta la llegada al trono de Darío. Tanto en el pasaje de Heródoto en el cual relata el modo en que éste obtiene el trono después de derrocar a Gaumata (Her. III, 61-79), como en la Inscripción de Behistún, encontramos menciones al papel que ejercieron los demás jefes tribales persas en el mantenimiento del reino. La palabra de P.A. *kara* «ejército», hace referencia al doble carácter de reunión de «hombres libres», a la vez de «hombres en armas», vinculado especialmente a la dispersión que debió predominar en las relaciones entre las tribus persas en sus primeros momentos. Un aspecto señalado por LECOQ (*op. cit.*, p. 165) en relación con la falta de un término «rey» entre los pueblos iránicos antiguos, le ha llevado a plantear la posibilidad de que, dada la ausencia de una organización estatal en el periodo previo a su instalación en el territorio iranio, dicha institución hubiera desaparecido. No obstante, tendríamos que plantearnos si la presencia o no de una palabra para designar la monarquía, implica necesariamente la ausencia de ésta. En cualquier caso, dadas las limitaciones que todavía tenemos en relación con la reconstrucción de este «periodo oscuro» de los persas en Asia Central, resulta una ligereza lanzar afirmaciones en relación con la presencia o ausencia de una institución de este tipo. En este sentido, Kellens ha

desarrollado las implicaciones de los términos persas utilizados para la noción de rey, remontando su origen a los periodos remotos de conformación del pensamiento mítico iranio. Cfr. KELLENS (2002); también SCHARFE señala que aun con la ausencia del término, no se podía excluir la presencia de líderes políticos y militares, véase SCHARFE (1985).

³¹ La influencia elamita en la cultura persa ha sido reconocida a través de las tablillas administrativas escritas en lengua elamita encontradas en Persépolis y Susa (un estudio con detalle de ellas lo encontramos en R. T. HALLOCK (1969); GARRISON Y COOL (2001). BRIANT señala esta conexión elamita también en el estilo artístico que está presente en el Cilindro Sello atribuido al propio Ciro (BRIANT, *op. cit.*, p. 20). Más allá va la opinión de F.C. ANDREAS en relación con que el propio nombre Ciro tiene un origen elamita (ANDREAS, 1904, pp. 93ss., cit. por ZADOCK (1976, p. 63). La arqueología también ha proporcionado elementos que permiten obtener una aproximación de este proceso de «aculturación» persa-elamita. De una parte, las inscripciones y el estilo de los vasos encontrados en la región de Luristán han sido interpretados por HENKELMAN como un testimonio de este proceso (*idem*, 2003). Los materiales hallados en la tumba de la región de Arjan hablan de una identidad persa anterior al reinado de Ciro y se relacionan directamente con la cultura elamita de su entorno (VALLET, 1983; STRONACH, 2003). En la actualidad, es aceptada de for-

desarrollado las implicaciones de los términos persas utilizados para la noción de rey, remontando su origen a los periodos remotos de conformación del pensamiento mítico iranio. Cfr. KELLENS (2002); también SCHARFE señala que aun con la ausencia del término, no se podía excluir la presencia de líderes políticos y militares, véase SCHARFE (1985).

³¹ La influencia elamita en la cultura persa ha sido reconocida a través de las tablillas administrativas escritas en lengua elamita encontradas en Persépolis y Susa (un estudio con detalle de ellas lo encontramos en R. T. HALLOCK (1969); GARRISON Y COOL (2001). BRIANT señala esta conexión elamita también en el estilo artístico que está presente en el Cilindro Sello atribuido al propio Ciro (BRIANT, *op. cit.*, p. 20). Más allá va la opinión de F.C. ANDREAS en relación con que el propio nombre Ciro tiene un origen elamita (ANDREAS, 1904, pp. 93ss., cit. por ZADOCK (1976, p. 63). La arqueología también ha proporcionado elementos que permiten obtener una aproximación de este proceso de «aculturación» persa-elamita. De una parte, las inscripciones y el estilo de los vasos encontrados en la región de Luristán han sido interpretados por HENKELMAN como un testimonio de este proceso (*idem*, 2003). Los materiales hallados en la tumba de la región de Arjan hablan de una identidad persa anterior al reinado de Ciro y se relacionan directamente con la cultura elamita de su entorno (VALLET, 1983; STRONACH, 2003). En la actualidad, es aceptada de for-

ese período se ha encontrado en textos administrativos³² la presencia de individuos con nombre iranio participando en las tareas de gobierno de los reyes neo-elamitas, (por ejemplo, uno de los Jefes de Palacio recibía el nombre iranio de *Aryaina*, otro *Mardunus*, etc.) e incluso al frente de «dominios» (*irmatan*) en diferentes regiones.³³ A partir de la implicación directa de persas en las labores de gobierno de la administración neo-elamita, no resulta extraño considerar que algunas de las familias aristocráticas persas vieran aumentar su poder frente a los demás miembros de su clan, y, a su vez, éste pudiera gozar de una situación de privilegio en relación con los otros clanes, hasta el punto de permitirle presentarse ante los demás jefes tribales con derecho a liderar un proyecto unitario común entre los persas, llegado el momento oportuno. Todo ello sin ignorar el necesario apoyo militar y económico que desempeñaba un papel fundamental para consolidar una posición de respeto en la asamblea de las tribus persas. Puesto en el contexto que estamos narrando, éste debió haber sido el proceso que llevó a los aqueménidas a obtener el título real a mediados del siglo VII a.C.

La continuidad entre medos y persas ha sido un elemento recurrente en las fuentes clásicas, y en este contexto debemos entender el relato de Heródoto (I.127-9) en el que sitúa al rey persa Ciro II como nieto del medo Astiages.³⁴ De esta manera, el traspaso del poder de medos a persas queda enmarcado dentro de una disputa familiar, por encima de enfrentamientos entre pueblos con orígenes y rasgos etno-culturales parecidos. La realidad histórica es mucho más com-

pleja³⁵ que lo que se nos cuenta en este pasaje, y nos sitúa en un contexto un tanto diferente: en el siglo VI a.C. los persas mantienen una relación de «vasallaje» con respecto a los medos. El ascenso al trono de *Anšan* de Ciro II (559) va a provocar que aumenten las tensiones entre ambos pueblos, lo que llevará a que finalmente el rey medo Astiages envíe una expedición de castigo contra el territorio persa (553). La respuesta por parte de Ciro II será la formación de una alianza estratégica con los babilonios, que permitirá derrotar a los medos. Esta situación es la que permitirá a los persas de Ciro ocupara el lugar de los medos y, a partir de este momento se inicia la imparable expansión del imperio aqueménida que en menos de medio siglo logra establecer sus fronteras en Egipto y Asia Menor al oeste, y en torno al río Indo en el este.

ISRAEL CAMPOS MÉNDEZ es doctor en Historia con especialidad en Historia de las Religiones Antiguas, obteniendo su grado con la tesis doctoral titulada El dios Mithra: análisis de los procesos de adaptación de su culto desde el marco social, político y religioso del Irán Antiguo al del Imperio Romano. Actualmente, ejerce docencia como Profesor Ayudante en el Área de Historia Antigua del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria (España). Su línea de investigación está orientada hacia el estudio de la Historia de las Religiones, centrándose en las religiones místicas del Imperio romano y las de la India e Irán antiguos. Es miembro de la Sociedad Española de Ciencias de las Religiones y de la asociación Antigüedad: Religión y Sociedad. El presente artículo fue remitido el 22-12-2005.

ma mayoritaria la presencia conjunta de iranos con un carácter seminómada y neo-elamitas en esta región al sur de los Zagros.

³² Una fuente de información importante para constatar la presencia de persas en relación con los elamitas de la región de Susa, es la que proporcionan las tablillas administrativas encontradas en la acrópolis de la capital, cfr. BOUCHARLAT, 2003, p. 17.

³³ BRIANT, *op. cit.*, p. 21.

³⁴ El relato de HERÓDOTO sobre el matrimonio de la hija de Astiages con el rey persa Cambises, del cual nace Ciro II, está repleto de elementos simbólicos, siguiendo la tradición literaria en relación con los relatos legendarios de los reyes antiguos. Es significativo el papel concedido a la alianza matrimonial como instrumento de acuerdo internacional entre estados.

³⁵ Se ha afirmado que el conflicto entre Ciro y Astiages es el primer hecho bien documentado de la historia de los aqueménidas. En este sentido, disponemos de fuentes directas procedentes de la Crónica Babilónica (Grayson, 1975) y del «Sueño del rey babilonio Nabónides» (BEULIEU, 1989) donde se hace mención de estos acontecimientos, y con un carácter secundario, el relato señalado de Heródoto. Una valoración de cada una de ellas la podemos encontrar en YOUNG (*op. cit.*, pp. 31-32).

BIBLIOGRAFÍA

- ALTHEIM, F., *op. cit.*, pp. 182ss.
- ANDREAS, F.C. (1904): *Verhandlungen des 13 internationalen Orientalistenkongresses*, Leiden, pp. 93ss.
- BEULIEU, P.A. (1989): *The Reign of Nabonidus, King of Babylon*, London, pp. 108-110.
- BOUCHARLAT, R. (2003): «Le période achéménide en Iran. Données archéologiques», en *Colloque: L'Archéologie de l'empire achéménide*, Paris, Novembre 2003. p. 17.
- BRIANT, P. (2002): *A History of the Persian Empire*, Winona Lake.
- BRIANT, P. (1997): *Bulletin de Histoire Achéménide*, vol. I. Topöi, supl. 1, pp. 77-8.
- CAMERON, G.G. (1936): *History of Early Iran*, New York.
- CARTER, E. Y STOLPER, M. (1984), «Elam», *Surveys of Political History and Archaeology*, New York, pp. 44-53.
- CARTER, E. (1994): *Excavations at Anshan (Tal-i Malyan): the Middle Elamite Period*, Philadelphia.
- DANDAMAEV, M. (1990): *Cultura y Economía del Irán Antiguo*, Sabadell.
- DERAKHSHANI, J. (2001): «Some Earliest Traces of the Aryan Evidence from the 4th and 3rd Millenium B.C.», *Iran & the Caucasus V*, pp. 1-32.
- DIAKONOFF, M.I. (1971): *History of the Iranian State and Culture*, Moscow, p. 179.
- GARRISON, M Y COOL, M. (2001), *Seals on the Persepolis Fortification Tablets*. Vol. I. Images of Heroic Encounters, part. 1: text, Univ. Chicago, Chicago.
- GERSHEVITCH, I. (1985), «The Old Eastern Iranian World view according to the Avesta», en GERSHEVITCH, I., *The Cambridge Ancient History*, vol. II, pp. 640-663.
- GHIRSMAN R. (1977): *L'Iran et le migration des Indo-Aryens et des iraniens*, Leiden.
- GONZÁLEZ SALAZAR, J.M. (1996): «Anatolia y la cultura suso-elamita del antiguo Irán durante el II milenio a.C.», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* 27, p. 93.
- GRANTOVSKY, E. (1970): *Rannayaya istoriya iranskich plemen Perednej Azii*, Moskva.
- GRAYSON, C. (1975), *Assirian and Babilonian Chronicles*, New York, pp. 104-111.
- GREEFIELD, J.C. (ed.): *Bisitun Inscription of Darius the Great*, London, 1982.
- HALLOCK, F. (1969), *Persepolis Fortification Seals*, Chicago.
- HALLOCK, R. T. (1969), *Persepolis Fortification Tablets*, Chicago.
- HENKELMAN, W. (2003), «Persians, Medes and Elamites, acculturation in the Neo-Elamite period», en LANFRANCCHI, G. *et alii* (eds.), *Continuity of Empire: Assyria, Media, Persia*, Padua, pp. 215-230.
- HINZ, W. (1971), «Persis», *PW*, vol. Sup., p. 1023.
- HUART, L., *op. cit.*, p. 160
- IMANPOUR M. (2003), «A new look at the location of Parsua, Parsu(w)ash and Parsumash», disponible en <<http://www.art.man.ac.uk/ARTHIST/banea/abstracts.htm#Mohammad>>.
- KELLENS, J. (2002), «L'idéologie religieuse des inscriptions achéménides», *JA* 290.2, pp. 434-448.
- LANFRANCHI, G.B. Y ROLLINGER, R. (eds.): *Continuity of Empire (?) Assyria, Media, Persia*, Padova, 2003.
- LECOQ, P. (1997), *Les inscriptions de la Perse achéménide*, Paris.
- LEVINE, L.D. (1974): *Geographical Studies in the Neo-Assyrian Zagros*, Toronto.
- LINCOLN, B. (1981): *Priests, warriors and cattle*, Berkeley [*Sacerdotes, guerreros y ganado*, Madrid, 1991].
- MEYER E. (1909): «Die ältesten datierten Zeugnisse der iranischen Sprache und der Zoroastrischen Religion», *KZ* 42 (1909), 1-27.
- MIROSCHEDEJI, A. (1985): «Le fin du royaume d'Anšan et la naissance de l'Empire perse», *ZA* 75/2 (1985), pp. 265-306.
- OLMSTEAD, A.T. (1948): *History of the Persian Empire*, Chicago.
- OPPENHEIM L.A. (1969): «Babylonian and Assyrian Historical Texts», en PRITCHARD, J., *ANET*, pp. 315-6.
- PARPOLA, A., (1988): «The coming of the Aryans to Iran and India and the cultural and ethnic identity of the Dâsas», *Studia Orientalia* 64, pp. 195-302.
- POTTS, E. (1999): *The Archaeology of Elam*, London.
- Rogers, R.W. (1912), *Cuneiform Parallels to the Old Testament*, New York.
- ROLLINGER, R. (en prensa): «The Median 'Empire', the end of Urartu and Cyrus' the Great Campaign in 547 B.C. (Nabonidus Chronicle II,16)», en *Proceedings of the Ist International Conference on Ancient Cultural Relations between Iran and West Asia*, Tehran, 2004.
- SANCISI-WEERDENBURG, H. (1988): «Was there ever a Median Empire?», en KURHT, A. *et alii*, *Achaemenid History III: Method and Theory*, Leiden, pp. 197-212.
- SCHARFE, H. (1985): «The Vedic word for 'king'», *JAOS*, 105.3, p. 547.
- SOUTHWORTH, F. (1979): «Lexical Evidence for early contacts between Indo-Aryan and Dravidian», en DESHPAN-

- DE, M. (ed.), *Aryan and Non-Aryan in India*, Ann Arbor, pp. 191-233.
- STRONACH, D. (1974): «Achaemenid Village I at Susa and the Persian Migration to Pars», *Iraq* 36, pp. 239-48.
- (2003): «The Tomb of Arjan and the History of S.W. Iran in the Early Sixth Century B.C.E», en MILLER, N.F. *et alii*, *Essays in the Archaeology of Iran in Honor of W.M. Sumner*, Los Angeles, pp. 249-59.
- SUMNER, W. (1994): «Archaeological Measures of Continuity and the arrival of the Persians in Fars», en SANCISI-WEERDENBURG, H. *et alii*, *Achaemenid History VIII: Continuity and Change*, Leiden, pp. 97-105.
- VALLET, F. (1983), «Kidin Hutra et l'époque néo-elamite», *Akkadica* 37, pp. 1-17.
- WATERS, M. (2000), *A Survey of Neo-Elamite History*, Helsinki, pp. 46ss.
- YOUNG, T. C. (1999), «The Early History of the Medes and the Persians and the Achaemenid Empire to the Death of Cambyses», *CAHI*, vol. I, Cambridge, 1-52.
- YOUNG, T. C. (1967), «The Iranian Migration into the Zagros», *Iran* 5, pp. 11-34.
- ZADOCK, R. (1976), «On the connections between Iran and Babylonia in the Sixth Century B.C.», *Iran* 14, p. 63.